

Y ahora el miedo - Mediterráneo - 03/06/2015

Punto de vista

Y ahora el miedo

FERNANDO

Vilar Moreno



El miedo no es patrimonio exclusivo de nadie, todos lo sentimos en más de una ocasión. Lo que nos diferencia a unos de otros es la gestión que hacemos de nuestro miedo, las batallas que vamos ganándole a lo largo de nuestra vida por si algún día estamos en condiciones y se nos presenta la oportunidad de ganarle definitivamente la guerra. Roto ahora un orden establecido hace 24 años –un orden viejo de entrañas desordenadas– esa brasa siempre incandescente que es el miedo va a ser aventada con sumo cuidado por sus profetas y mercaderes. **Rita Barberá y Esperanza Aguirre** no tardaron nada en alertar contra el radicalismo e invocar con urgencia una concentración de fuerzas políticas en un gobierno de salvación nacional a pocas horas del cambio.

El miedo a la libertad, tal como explica **Erich Fromm**, nos conduce

a buscar seguridades en determinadas creencias –no precisamente religiosas, aunque también– y, sobre todo, en determinadas normas morales y de conducta. Así ha sido durante este largo período de “orden”. La seguridad que encontramos en ello es tan adictiva que nos lleva de manera obsesiva incluso a formar grupos de personas y a crear instituciones sociales en las que vivir refugiados entre quienes piensan y sienten como nosotros, a salvo de cuestionamientos incómodos, incluso aun cuando esta manera de vivir en sociedad pueda resultar incoherente con nuestras más fundamentales convicciones. Así ocurre, por ejemplo, entre muchos cristianos que se resisten a asumir los riesgos de la vida en común y en un grado óptimo de libertad y, asustados porque peligra su apacible vida en aquello que **Lutero** llamaba su “jardín de lirios y rosas”, se repliegan en torno a una religiosidad más ideológica que espiritual y se empeñan, como aquel de la parábola, en conservar intacto el talento soterrado que les asegura, al menos

para ellos, una vida tranquila, sin riesgos ni problemas, tan distinta a aquella por la que optó Jesús de Nazaret.

24 años es mucho tiempo, demasiado, cultivando las seguridades que tanto nos aterra perder, confeccionando relatos sobre la realidad con un lenguaje demasiado complaciente y apenas problemático para la conciencia en esos jardines apacibles de la “gente de bien”. Y es que el miedo, al confinarnos tanto tiempo en sus corrales, a salvo de lobos pero ajenos también a la belleza y la salud del paisaje, nos cierra a los demás y nos incapacita para ver la realidad desde la perspectiva del interés general, del bien común. Una combinación de miedo y seguridad como alimento del alma durante tantos años merma la capacidad de escucha activa, de diálogo honesto, de empatía y, sobre todo, de verdadera y valiente confianza en el ser humano y hace que una buena mayoría de ciudadanos acabe obsesionada por sus derechos, pero absolutamente miope ante los deberes que han de dar satisfacción a los mismos.

El profesor **Ángel Gabilondo** afirmaba recientemente que tras una noche en vela no nos senti-

mos tan mal por no haber dormido como por no haber soñado ¿Qué sería de la especie humana sino fuera por quienes han soñado y han intentado hacer realidad sus sueños? Miles de castellonenses y valencianos soñamos con un modelo de sociedad diferente cuando fuimos a votar el pasado domingo, 24 de mayo, a sabiendas muchos de nosotros de que soñar con nuestro voto comporta unos riesgos, sí, el mayor de ellos quizá que el sueño no llegue a cumplirse.

Pero qué bueno que aún queramos soñar, que aún estemos dispuestos a correr el riesgo del fracaso en pro de la conquista del soñado mundo mejor. Soñar nos humaniza mucho más que la cerrazón en la propia seguridad, que el inmovilismo conservador del orden establecido entre la “gente de bien” y “la otra gente”, y, como advirtió también Fromm, para estar verdaderamente en contacto con la humanidad es necesario estar en contacto con aquellos con los que se comparte el mundo, aunque no se compartan –añado yo– las ideas y los proyectos. ■

*Profesor del Departamento de CC de la Comunicación de la Universitat Jaume I